

CAPITULO VIII.

PROSIGUE LA MISMA MATERIA,
y se refieren juntamente algunos prodigios que obró el P. Fr. Antonio para beneficio espiritual de las Almas, constituidas en iminente riesgo. Resucita el Siervo de Dios à una Niña difunta, lucha con el Demonio, y lo vence, y castiga el Cielo con fatal muerte à dos Sujetos que hicieron burla al bendito Padre.

EN la Ciudad de Guatemala enfermó gravemente un Caballero de un insulto, que le impidió totalmente la articulacion de las voces, por cuya causa no se pudo confesar. Concurrió à visitarle el P. Fr. Antonio, en ocasion que se hallaba en la casa del enfermo Don Bartholomé de Arana, y compadecido de aquella necesidad, le dijo al Siervo de Dios: *¿Es posible Padre que este hombre ha de morir sin confesarse?* Oyóle el bendito Varon, y le respondió lleno de fé: *Dios querrá que le vuelva la habla.* Con esto se fue para su Colegio, y haviendose sentado à comer con la Comunidad, luego que tomó la escudilla del caldo,

se fue à vér à su doliente con un Compañero. Al punto encontró en el camino à un Criado, que iba à llamarlo, diciendole que ya hablaba el moribundo. Llegó à la casa, y haviendolo confesado de espacio, tuvo expedicion para hacer las necesarias disposiciones con todo acuerdo. Dispuesto, por fin, y arregladas todas sus cosas, volvió à quedar mudo, durandole el parasismo hasta la muerte, que à juicio de todos fue feliz, por tan maravillosas circunstancias.

Asaltado de un dolor apopleptico otro Caballero en la misma Ciudad de Guatemala, perdió los sentidos, y habla, quedando como si fuera un

tron-

tronco. Asistióle el V. P. muchos dias, y aunque todos los pronosticos que se hacían eran infaustos, siempre dió esperanzas à los domesticos, y amigos, de que volveria à su juicio. Asi lo predijo el bendito Sacerdote, y sucedió tan à la letra, que despues de la media noche, en una de las que le duró el accidente, se recobró tanto el enfermo, que se pudo confesar espaciosamente. Concluida que fue la confesion, dijo Misa en el Oratorio de la casa, y con licencia del Ordinario, le administró el Viatico, y Extrema-Uncion, y luego murió el afortunado hombre, con gran consuelo de quantos tuvieron individual noticia del caso.

Haviendo muerto en la misma Ciudad Don Diego de Arguello, hizo su Esposa Doña Juana de Cobár tales extremos por su muerte, que à mas de negarse à todo consuelo, se puso una venda en los ojos, y prorrumplia en tales proposiciones, que pasaban à ser blasfemias. Sucedia esto con mucha especialidad, quando para sosegarla en las furias que la daban,

la sujetaba una Mulata amiga suya del Barrio de Chipilapa, que acudia à la casa, con el pretexto de consolarla. Por este motivo, llamaron los domesticos à varios Sacerdotes doctos, y piadosos, para que la sacasen de su error; pero por mas que trabajaron en ello, no pudieron conseguirlo, ni menos que se conformase con la voluntad Divina, en la pérdida del Consorte. En este infeliz estado permaneció la expresada Doña Juana algun tiempo, como fuera de juicio, y con un desvarío continuo, hasta que un dia, como à las seis de la mañana, se fue entrando por las puertas de la casa el V. P. Fr. Antonio, que à la sazón se hallaba ausente de la Ciudad. Hallabase en la casa la referida Mulata, que al parecer, havia influido en gran parte, ò en el todo, el daño de la Señora: y desde el punto que oyó al Siervo de Dios, que desde la puerta saludó con el Ave Maria à los habitantes, salió huyendo, sin que jamás se supiese de ella. Entró el V. P. en el quarto de la enferma, diciendo à las primeras palabras, que el Jumen-

tí-

tillo del Señor (que era la frase con que hablaba de sí mismo) havia caminado aquella noche quarenta leguas, para que no se perdiese aquella alma. Con esto, salió para fuera Doña Magdalena de Cobár, Hermana de la doliente, y las demás personas que allí havia, quedando con ella el bendito Varon, en la empresa de reducirla, y de serenar sus delirios. Dijole algunas razones à este intento, tan à proposito, y tan eficaces, como prodigiosas, y dictadas de su maravilloso espíritu, y se fue à continuar su Apostolico destino, despidiendose de todos. Entraron, por fin, los de aquella familia à ver à la enferma, y la hallaron sin la venda en los ojos, y tan libre de la pasion que havia padecido hasta entonces, que nunca la volvieron à oír palabra alguna malsonante. Por todo lo qual, no solo se tuvo por milagrosa esta mudanza, sino la venida de quarenta leguas en una noche, siendo asi, que habiendo observado, si el V. P. permanecia en la Ciudad, no lo volvieron à ver en aquellos dias, ni hubo quien diese razon de hallarse en ella.

En dicha Ciudad de Guatemala, llegó à verse tan enferma, siendo niña, Doña Maria de Guzmán y Alvarado, que todos quantos la vieron, la sentenciaron à muerte. Hallabanse inconsolables, por su pérdida, Don Felipe de Guzmán y Alvarado, y Doña Antonia de Arguello, Padres de la referida enferma; y viendo que ya no havia esperanza alguna de su salud en lo humano, acordaron acudir à la Divina Misericordia, por medio del P. Fr. Antonio Margil, de cuya virtud, y santidad tenian hecho alto concepto. Con este motivo, fue al Colegio Don Blás de Arguello, Hermano de Doña Antonia, y Tercero de Habito exterior de la Venerable Orden de Penitencia de nuestro Padre San Francisco, à llamar al Siervo de Dios, para consuelo de los afligidos Padres de la moribunda niña. Condescendió el compasivo Varon à su pedimento; pero quando llegaron à la casa, ya la enferma era difunta, ò murió à breve rato; con la pena que se deja inferir de los suyos, que no pudiendo ahogar el sentimiento en el pecho,

rom-

rompieron en amargo llanto. Puso el milagroso Varon los ojos en la que lloraban muerta, y volviendose para los circunstantes, procuró mitigarles el dolor, diciendoles, que la niña no havia muerto, sino que estaba descansando. Inmediatamente se puso à rezar el Rosario à la Santisima Virgen MARIA con todos los que allí havia presentes, y habiendo concluido el rezo, entonó el Alabado, respondiendole los concurrentes à coros. Haviendo dado fin à este devoto Cántico, se fue para donde estaba la difunta, y santiguandola con el Rosario, comenzó à llamarla, diciendo con alta voz: *Ea, Maria, ya basta: Venid de donde estais.* No se daba la muerta por entendida à su voz; pero el Siervo del Señor, lleno de fé, y de confianza en la Magestad Divina, prosiguió llamandola por segunda vez, ò con las mismas palabras, ò sin mas variacion, que la siguiente: *Ea, Maria, ya basta: Ven de allá para acá.* Llamóla en fin, por tercera vez, y al instante resucitó la difunta, con inexplicable júbilo, y admiracion de los parien-

tes, y circunstantes; quedando desde aquel punto con tan perfecta salud, que al dia siguiente se levantó buena y sana, despues de haver sido cadaver yerto, y tanto, que ya pasaban à vestirla la mortaja.

Aquel Personado semejante al hijo del hombre que refiere San Juan en su Apocalypsi, tenia en su mano las llaves de la Muerte, y del Infierno. Y habiendo puesto tanto esmero el V. P. Fr. Antonio para crucificarse con Christo, y parecerse à su Magestad, ya que en el caso antecedente le hemos visto con unas llaves, en el siguiente le veremos con las otras. Predicando en uno de los Pueblos del Reyno de Guatemala un Sermon de la Divina Misericordia, luego que bajó del Pulpito, fue à verle uno de los oyentes; que, ò fuese con luz especial que tuvo el Siervo de Dios de su infelicidad lastimosa, ò fuese confesando de plano el mismo delincuente su yerro, le descubrió que tenia pacto explicito con el Demonio, firmandole cedula de su mano, en que se constituía esclavo suyo. Exhortóle à que

Kk

bor-

borrarse sus horribles culpas con amargo llanto, y à que las confesase arrepentido, como en efecto lo hizo así, respirando de la opresion que le ocasionaba su diabolica esclavitud, con los alientos que infunde una confesion saludable. Tal fue el arrepentimiento, y tanta la confusion de pecado tan execrable, que sin embargo de lo dicho, lo mismo era hacer el Penitente recuerdos de su delito, que fluctuar su confianza entre temores, no pudiendo desterrar del todo las sombras de la pusilanimidad, que cercaban su asombrado corazon. Hijo, le decía el V. P. no tengas ya miedo al Demonio, por la cedula que firmaste, que como sea firme tu proposito, y sea buena tu confesion, como yo espero en el Señor, ya queda totalmente borrada, por virtud de la preciosissima Sangre de Christo, con la qual, borró el Salvador aquella antigua escritura, que alegaba el Principe de las tinieblas à su favor, contra todos los hijos de Adan.

Con estas, y otras razones del intento, procuraba el caritativo Padre animar à aquel

perturbado hombre; pero viendo que en medio de sus animosos consejos, aun temblaba aquel pecho acobardado, le dijo con estraña animosidad, y movido de superior impulso: *Ea, llevame al lugar en donde hiciste ese iniquo trato con el maligno.* En esta atencion, fueron ambos al sitio en que el infernal ladron havia robado à Dios aquella alma: y revestido del zelo de la honra del Señor el Ministro del Altisimo, mandó al Demonio que se apareciese en la misma forma en que havia fraguado su engaño. Obedeció al instante el maldito, apareciendose en forma humana visible, todo lleno de soberbia, como si nadie pudiera quitarle de las manos à quien se havia vendido por su esclavo. Intimóle precepto el V. P. para que entregase la cedula; y viendo que por una, y otra vez se resistía con protervia su arrogancia, arrebatado del zelo de la caridad, y de la honra de Dios, se arrojó con santa intrepidez à quebrantar su cerviz altiva, luchando à brazo partido con aquel Dragon formidable. Fulminaba rayos en sus palabras,

bras, multiplicaba conjuros, y repetia muchas veces: *¿Quién como Dios?* A imitacion del Coriseo de los Angeles, en aquella reñida campaña, que tuvo con Lucifér en el campo azul de las celestes Esferas. Dióse, por fin, el maligno competidor à partido, y como olvidado de su presuncion arrogante, le dijo: *Dejame, dejame ya Fr. Antonio, que me atormentas;* y desapareciendose como un fugitivo relampago, soltó à sus pies la cedula, huyendo à los profundos abysmos, quedando el bendito Padre victorioso, y el afligido esclavo lleno de serenidad, y júbilo. El Santo Patriarca Jacob no quiso soltar de sus brazos à aquel Angel de luz, con quien tuvo una amorosa lucha, hasta que le diése su bendicion. Fr. Antonio no quiso dar treguas à un Angel de tinieblas, hasta correrlo como maldito del Cielo, en donde se le reservaban las bendiciones al vencedor, por tan victorioso triunfo.

No corrieron tan feliz fortuna otros Sugetos, que no haciendo aprecio del V. P. ni de sus palabras, se buscaron el

precipicio; de los quales, traté ahora de solos dos en los siguientes sucesos. En el mismo Reyno de Guatemala vivia un Coyme, que tenia abierta en su casa una Escuela universal de maldades, en un juego público, en que à mas de quedar vilipendiado el honor de Dios, como sucede de ordinario, havian perdido muchos su hacienda. Haviale amonestado Fr. Antonio varias veces, y no reconociendo enmienda alguna en aquel hombre perdido, se puso en cierta noche sobre una mesa, à vista de la casa del juego, y con eficaces razones, dictadas de su Apostolico zelo, comenzó à predicar contra ocupacion tan pesima. Desde luego que le oyó el Coyme, empezó à hacer irrision del Misionero, tapandose como Aspid los oídos para no escuchar al Encantador Apostolico; pero viendo éste malogrados sus clamores, tomó el Crucifijo en sus manos, y entrando para la casa, persuadía à los concurrentes à que protestasen no volver mas à tan pernicioso egercicio, y à que se valiesen de la sombra del Crucificado Señor, para evitar el

castigo. No hubo quien se moviera, correspondiendo à sus santas persuasiones: y vuelto el Predicador al Santísimo Simulacro, prorrumpió en aquellas palabras de David: *Exurge Domine, judica causam tuam: Ea, Señor, ya es tiempo de que juzgues tu causa.* Lo mismo fue articular estas voces, que como si fueran un penetrante dardo, despedido de un brazo fuerte, le quitaron la vida al Coyote, cayéndose muerto en la tierra: con cuya desastrada muerte, azorados los de aquella comitiva, salieron al punto escarmentados, à buscar seguro refugio, por medio del arrepentimiento.

Pasando el V. P. de camino por una Hacienda de Ciudad-Real, en cuyo Obispado era muy conocida la fama de sus virtudes, instrados de su malicia unos viles hombres, quisieron hacer burla de su humildad. Aconsejaron à uno de aquellos Gañanes de campo, que dijese que estaba enfermo: y recostandose sobre un cuero, para mejor fingir el papel, se cubrió con una manta. Asi que fue llegando el Siervo de Dios,

le pidieron los demás, que confesase à aquel enfermo, porque estaba muy de peligro. Acercóse el caritativo Padre al fingido doliente, y quitandole la manta, lo palpó; y volviendose para los presentes, les habló de esta manera: *Ya este pobre murió, Dios haya misericordia de su alma: Dios los consuele.* Dicho esto fue prosiguiendo su viage, con mucha serenidad, sin acabarse de persuadir los circunstantes à la verdad de su dicho. Pero haviendose acercado al fingido enfermo, y reconociendo que en la realidad era difunto, quedaron llorando de veras al que havian simulado en aquella enfermedad por burlas. Aquellos atrevidos mozos, que calumniaron de hypocrita à San Narciso Patriarca, experimentaron el rigor Divino, quedando los unos comidos de llagas, y los otros ciegos: porque siente mucho el Señor el escarnio que se hace de sus Amigos. Por lo mismo, tomó tan dura venganza del ultrage, que pretendieron hacer estos rusticos hombres de su Siervo Antonio, dejando su virtud triunfante, y la fama de su Santidad mas realzada.

CA:

CAPITULO IX.

DEL ESPIRITU DE PROFECIA
con que Dios adornó à su Siervo Fr. Antonio, y se refieren varios, y admirables casos.

DE industria he dejado caer en los antecedentes Capítulos algunos sucesos, en que se manifiesta el espíritu de Profecía, con que el Cielo ennoblecó al V. P. Fr. Antonio, comunicandole algunos destellos de la Divinidad, segun aquella Sentencia de Isaías: *Anunciadnos las cosas venideras, y sabremos que sois Dioses.* Ahora, como en lugar mas propio, referiré otros muchos, que me persuado à que harán este asunto indubitable. Viviendo el Siervo de Dios en el Colegio de Guatemala, se hallaba en aquella Ciudad un noble mancebo, que havia venido de España, recomendado à un Tío suyo, con bastantes conveniencias en aquel Reyno. Viendole un dia el V. P. le dijo claramente, que seria Religioso de la Sagrada Compañia de Jesus. Dudaron mucho, asi el

Tío, como el Sobrino, del tal anuncio, pues el joven se hallaba por entonces con designios de volverse para su Patria, y con pensamientos muy distantes de la vocacion Religiosa. Pasaron algunos dias, y se mudaron de tal manera las cosas, que sintiendose herido interiormente el mancebo de dar las espaldas al mundo, abandonó todos sus intereses, y se alistó por Soldado en la Milicia del grande Ignacio, donde ajustandose cabalmente à su utilísimo Instituto, vivió muchos años con entero credito, hasta rendir la vida, peleando esforzadamente contra los vicios, en el Pulpito, y Confesonario, y haciendo continuas memorias del V. P. Margil, en cuyo vaticinio aseguraba en gran parte la seguridad de su vocacion, por tan maravilloso modo.

Sien-